

BARRERAS LINGÜÍSTICAS EN EL MUNDO DE HOY¹

La comunicación es un fenómeno social y puede examinarse desde puntos de vista muy distintos. Hay diferentes medios de comunicación y también diferentes sistemas de comunicación. Un sistema de comunicación es por definición de carácter convencional. El más prominente y el más importante, en todos los respectos, de los sistemas de comunicación que existen en el mundo humano, es el *lenguaje*, con sus dos principales manifestaciones: la *palabra oral* y la *palabra escrita*. Para tratar el tema de "las barreras lingüísticas", será necesario considerar primero algunas peculiaridades del lenguaje, y más especialmente las propiedades suyas que explican por qué estas barreras pueden constituir un entorpecimiento tan considerable para la comunicación entre las gentes.

La escritura y la palabra oral no son los únicos medios de comunicación utilizados por los hombres. Algunos de los otros sistemas empleados para el mismo fin están en ciertos aspectos emparentados con el lenguaje y son considerados por ciertos especialistas como formas particulares de lenguaje. Pienso en medios de contacto tales como gestos, inclinaciones de la cabeza, sonrisas, besos, diferentes modos de salutación, etc., y también en las señales de tráfico, tales como el color rojo y verde en nuestras calles, señales de los marineros, el "bush telégrafo", etc. Todos estos hábitos y sistemas de señales tienen ciertas cualidades comunes con el lenguaje humano y otras que, de un modo evidente, divergen de éste. El lenguaje humano no

¹ El mismo tema fue tratado por el autor en una publicación con el título "*Linguistic Barriers to Communication in the Modern World*"; a lecture given in the Arts Theatre, University College, Ibadan, on the 11 February 1960" (Ibadan University Press, 1960),

de la que ciertas partes del presente artículo (originariamente una conferencia en el Instituto de Filología de Santiago de Chile, el 5 de octubre de 1962), son una traducción o adaptación.

puede comprenderse completamente y nunca analizarse satisfactoriamente sólo desde un punto de vista sociológico, ni tampoco desde un punto de vista psicológico. El lenguaje es un fenómeno único y la lingüística una ciencia autónoma.

El lenguaje está considerado, y con razón, como una propiedad del hombre. Es un hecho que ninguna otra especie ha producido nunca un instrumento de comunicación parecido al lenguaje. Sabemos que ciertos animales (abejas, hormigas, etc.) tienen un sistema de comunicación altamente desarrollado y esencialmente arbitrario. Llamar o no lenguas a estos sistemas es, a primera vista, una mera cuestión de definición. Es preciso recordar que hay una diferencia básica entre todos los idiomas humanos existentes en el mundo, de una parte, y cualquier otro sistema de señales o de símbolos utilizados o inventados por el hombre (señales de tránsito, de marineros, etc.), o aplicados en la vida social de los animales o en las máquinas. Ningún otro sistema de comunicación tiene una estructura idéntica a la particular y peculiar estructura del lenguaje humano. El lenguaje es un rasgo distintivo del hombre, su propiedad más característica. El problema del origen del lenguaje es también el problema del origen del hombre.

Toda situación lingüística implica los tres factores siguientes, todos necesarios en una comunicación, a saber: 1) un enunciador; 2) un receptor, y 3) un mensaje que, por lo menos en la mayoría de los casos, tiene una clase de referencia a una realidad fuera de los interlocutores. El mensaje enviado de 1) a 2) tiene que ser transmitido por el enunciador mediante un código de forma lingüística convencional, y ser interpretado por el receptor, quien, por consiguiente, tiene que conocer el código utilizado. Si no, ninguna situación lingüística es creada. Si conoce el código sólo imperfectamente, el resultado es una equivocación, completa o parcial. La estructura del código utilizado en el lenguaje humano es complicada, y las reglas, arbitrarias. Varían de un idioma a otro. Si un idioma, de un lado, puede definirse como un código, importa añadir, del otro, que es un código de carácter muy especial. El lenguaje humano es más que un código ordinario para transmitir mensajes. Si fuera tan sólo eso, el problema considerado hoy por nosotros sería mucho más fácil de resolver.

En su muy importante y bien conocido trabajo "Human Use of Human Beings", el célebre matemático y cientista norteamericano Norbert WIENER, uno de los principales representantes de la *cibernética*, dice, entre otras cosas importantísimas, que, en realidad, len-

guaje es otro nombre para *comunicación* (“Language, in fact, is in one sense another name for communication itself”). Lo que, en opinión del autor, distingue al lenguaje de otros sistemas de contacto, en máquinas o en animales, es, por una parte, la delicadeza y complejidad del código utilizado, y por otra, el alto grado de arbitrariedad de este mismo código. Los animales comunican sus emociones primero; después, también hechos elementales sobre las cosas (p. ej., indicaciones elementales sobre la dirección para buscar alimento, en las hormigas), pero sobre las complicadas relaciones entre las cosas nada informan, o casi nada.

Esta afirmación del célebre cientista hace alusión a un problema básico de teoría lingüística y de psicología: las tres diferentes funciones del lenguaje indicadas y analizadas por, entre otros, el famoso psicólogo austriaco Karl BÜHLER en su libro “Sprachtheorie” (1934). Una discusión pormenorizada de estas cuestiones nos alejaría demasiado de nuestro sujeto principal, pero permítaseme añadir tan sólo que ninguna investigación de la verdadera esencia del lenguaje y de la comunicación puede ser ejecutada si no se toman en cuenta los más primitivos grados de contacto lingüístico encontrados, por ejemplo, en los niños, en individuos insanos o intelectualmente atrasados, o en personas que están bajo la influencia de fuertes emociones. También en idiomas convencionales normales, se utiliza a menudo medios de expresión de un carácter mucho más primitivo que lo corriente, con fines especializados y bajo condiciones especiales. Pienso, por ejemplo, en el uso de la entonación o de la intensidad, o de calidades especiales de la voz. Cuanto más primitivos sean dos interlocutores intelectualmente, tanto más fácil será la comunicación entre ellos, no obstante el hecho de hablar diferentes idiomas. Comprendo por primitivo en este contexto el hecho que la capa emocional en las necesidades comunicativas domine sobre la capa intelectual. Cuanto más domine la función intelectual sobre la emocional, tanto más difícil serán los contactos. Los niños se comunican fácilmente sin comprender sus idiomas respectivos.

En la intención de clarificar las peculiaridades del lenguaje humano que constituyen la explicación verdadera de las barreras a la comunicación, será necesario comentar algunas ideas básicas y algunos conceptos fundamentales de teoría lingüística, y más particularmente los conceptos de *información*, de *distintividad*, y de *redundancia*, de un lado, y del otro, el llamado *signo lingüístico* (“le signe linguistique”, en la teoría del suizo Ferdinand de Saussure). Empe-

zamos con la *información*. Todo fenómeno en este mundo puede transmitir información a condición de que constituya una de dos o más alternativas o posibilidades; es decir, que sea *conmutable* con algún otro. Las luces rojas y verdes en nuestras calles transmiten información por el hecho de ser conmutables la una con la otra. Una sola señal no podría transmitir información por ser predecible en un 100%. Si una misma bandera se encuentra siempre sobre el techo de una misma casa, esta bandera no transmite ninguna información, pues sabemos que se ve siempre allá. Pero si la bandera se encuentra sólo en ciertas ocasiones y no en otras, o si alterna con otras banderas de color o forma distintos, transmite información, o más exactamente, tiene una *cantidad de información* que es inversamente proporcional a su grado de predecibilidad. Cuanto más numerosas las posibilidades, tanto más grande su cantidad de información. La función comunicativa del lenguaje está posibilitada por la existencia de un número dado de unidades estructurales *distintas* las unas de las otras, o, en términos lingüísticos, *opuestas* las unas a las otras.

Aplicamos primero esta manera de ver a la onda sonora que emana de la boca de un hablante. Esta onda no es constante. Si lo fuera, el habla sería imposible. Al contrario, puede ser variada de maneras muy diferentes. En el habla, se trata siempre de una onda compleja (no de una onda sinusoidal). Está compuesta de un sonido fundamental y de un número de armónicos. La frecuencia y la amplitud de ambos pueden variar, como consecuencia, con una variación del tono, de la intensidad y del timbre del sonido producido. La forma regular del sonido puro puede ser reemplazada por la forma irregular del ruido (variado a su vez con respecto a las frecuencias, dominando el complejo sonoro).

Tal onda sonora es por consiguiente sumamente rica en información. Pero es un rasgo importante de tal clase de sistemas que toda esta información no sea utilizada en un proceso de comunicación. Aun cuando restringimos las variaciones de la onda sonora a las distinciones que un oído humano puede discernir, ningún cerebro humano podría manejar un surtido tan enorme de entidades diferentes. Por consiguiente, cada idioma ha escogido un número muy limitado de cualidades acústicas, por la combinación de las cuales las unidades de la expresión lingüística son construidas. Cada diferencia de sonido que, dentro de un idioma dado, es utilizado con un fin comunicativo, se llama *distintiva* o *relevante*. Todas las otras son *no distintivas* o *irrelevantes*.

La onda sonora como entidad física es un *continuo*. La segmentación resulta de una *interpretación* por parte de un oído humano aplicando un modelo (“a pattern”) sobre este continuo sonoro. El número de unidades que oímos es cosa que no depende primariamente de la onda, sino del modelo aplicado. Este modelo es una *convención*.

El problema de descubrir cuáles de las cualidades de estas numerosas unidades acústicas son distintivas y, por consiguiente, necesarias para la identificación de un mensaje, es uno de los problemas fundamentales de la ciencia de la transmisión sonora de hoy. El técnico tiene que saber qué clase de cualidades (frecuencias, intensidades, etc.) deberán ser transmitidas por un altoparlante, un micrófono, un teléfono, etc., para que el mensaje sea identificado a su llegada al receptor. La transmisión de un número superfluo de fenómenos físicos constituiría una pérdida económica a veces considerable. Si los rasgos acústicos transmitidos pudieran ser restringidos a un mínimo absoluto, esto implicaría una reducción considerable de gastos y la posibilidad de transmitir más mensajes al mismo precio. Así comprendemos todos la importancia de estos hechos en el mundo de hoy con sus enormes necesidades de contacto electrónico, rápido y al mismo tiempo barato. Estos hechos muestran, en realidad, la necesidad de la colaboración íntima entre técnicos, físicos, de un lado, y fonéticos, del otro, que se desarrolla cada día más —colaboración que explica, en efecto, los progresos enormes de la fonética acústica moderna, tanto en el dominio de los instrumentos (de análisis y de síntesis), como en el de la teoría. No cabe duda de que la colaboración, por ejemplo, entre Roman JAKOBSON, de Harvard, y MIT, con grupos de técnicos (el sueco Gunnar FANT y otros) en el dominio de la transmisión, ha implicado progresos considerables para la teoría fonemática. Pienso en su trabajo “Preliminaries to Speech Analysis” (1952).

Lo importante en ese conjunto de ideas y hechos es recordar que estas cualidades relevantes —portadoras de información— no son las mismas en todos los idiomas. Nuestra facultad de producir y de percibir sonidos lingüísticos depende del modelo al que estamos acostumbrados. Aprender a pronunciar y a escuchar en otro idioma implica la asimilación de nuevas distinciones, nuevas diferencias acústicas, nuevos matices de tono, de intensidad, de timbre, de duración, etc. Un inglés o un alemán no percibe las diferencias de tono de la palabra, las que, sin embargo, juegan un papel tan grande en numerosos idiomas en otras partes del mundo (en el Oriente, en Africa, en

partes de América, y también en los idiomas escandinavos). No se trata de una dificultad de oír, porque el oído fisiológicamente es el mismo en todas partes, sino de interpretar y de combinar una diferencia de sentido con un hecho acústico que no tiene función en los idiomas de los pueblos del mundo occidental. El hispanohablante percibe e imita difícilmente las vocales anteriores labializadas francesas ([y], [ø]), no porque sus órganos sean diferentes de los del francés, sino porque es una cualidad y una diferencia que el hispanohablante en su niñez no ha aprendido a combinar con una diferencia de sentido. El dominio de la pronunciación de un idioma extranjero implica la facultad de saber utilizar otros rasgos distintivos, de jugar con otras distinciones que las de la lengua materna. No es una mera cuestión de imitación pasiva. Es una cuestión de jugar un juego según otras reglas y con otras unidades. El japonés, a pesar de los muchísimos esfuerzos de imitación, no llega casi nunca a dominar perfectamente nuestra distinción entre *r* y *l* por el simple hecho que en su sistema estos sonidos pertenecen a la misma unidad funcional. Su sistema y el nuestro son igualmente convencionales e igualmente arbitrarios.

Si pasamos ahora al nivel gramatical, encontramos los mismos fenómenos. Tomemos la frase latina *Petrus amat Paulum*. El orden de las palabras no tiene función gramatical; entonces podemos cambiarlo y decir *Paulum amat Petrus* con el mismo sentido. Las desinencias indican suficientemente quién quiere y quién es querido. En francés, al contrario, las palabras no tienen desinencias, y el orden solo es responsable del sentido: *Pierre aime Paul* es otra cosa que *Paul aime Pierre*. Si por fin consideramos la correspondencia española de nuestra frase, *Pedro quiere a Pablo*, encontramos un procedimiento sintáctico que no tiene correspondencia en los otros grandes idiomas internacionales modernos, es decir, una preposición delante del objeto del verbo. Por consiguiente, vemos que la categorización de un contenido puede variar mucho de un idioma a otro, sin que la realidad descrita difiera de manera correspondiente, o, más exactamente, parezca diferir. Volveremos a esta cuestión más tarde.

Otro ejemplo del carácter convencional del lenguaje. Una pregunta se expresa en francés con la inversión del sujeto y del verbo o con la perífrasis *est-ce que (viens-tu?, mon père vient-il? o est-ce que mon père vient?)*. Al mismo tiempo, una entonación particular se combina con este proceder sintáctico, para indicar que se trata de una pregunta y no de una aserción. En español, no hay ningún procedimiento sintáctico para expresar la pregunta. Si decimos *mi padre*

viene o *viene mi padre*, se puede tratar en ambos casos de una pregunta o de una aserción, según la entonación. La inversión en español es un recurso estilístico, no sintáctico. Su función comunicativa es diferente en los dos idiomas. La entonación en la pregunta española es el factor distintivo de la onda sonora. En francés, donde hay también (por lo menos a menudo) otros recursos, la entonación es un fenómeno redundante, que acompaña a la frase interrogativa, pero sin ser el rasgo único distintivo de ésta. La *redundancia* es en realidad un fenómeno sumamente importante en la comunicación humana. Los rasgos redundantes nos ayudan a interpretar el mensaje, y a menudo sucede que un rasgo redundante toma el lugar de un factor distintivo y se hace él mismo distintivo. Toda conversación entre hablantes está llena de fenómenos redundantes. La redundancia explica, por ejemplo, por qué es posible hablar por teléfono, máquina técnicamente muy imperfecta y que borra muchas de las características acústicas de la onda transmitida. Sólo la redundancia explica que la comunicación sea posible. Hay redundancia, primero, en la misma onda sonora, pero hay también una redundancia gramatical y semántica —las construcciones y el sentido de lo dicho excluyen ciertas posibilidades y limitan así las alternativas ofrecidas al oyente— y por fin una redundancia de la situación, del contexto social, que permite sólo muy pocas posibilidades de las numerosas contenidas en la realidad física.

Un concepto fundamental en la lingüística moderna es el de *signo lingüístico*, tal como fue definido por Ferdinand de Saussure: una combinación de un significado y de un significante, o de un *concepto* y una *imagen acústica*. Si tomamos su propio ejemplo traducido en español, el signo *buey* contiene un significado, es decir, un concepto 'buey', y un significante, la imagen acústica correspondiente al grupo de sonidos *buey*. Esta combinación es arbitraria y convencional porque no hay nada en el concepto que implique la utilización de los sonidos *buey*. En otros idiomas, otras combinaciones de sonidos —y, por lo tanto, otras imágenes acústicas— indican el mismo —o casi el mismo— concepto (inglés *ox*, francés *boeuf*, etc.). El significante es, pues, una imagen de una porción de sonidos, arbitrariamente delimitada del continuo fónico, combinada arbitrariamente con una porción de un continuo semántico, igualmente delimitada de manera arbitraria y convencional. Algunos ejemplos van a ilustrar esta última declaración. Empezamos como arriba con el nivel gramatical.

Conocemos todos las enormes dificultades que encontramos cuando queremos aprender un nuevo sistema gramatical. Estas difi-

cultades consisten menos en apropiarse nuevas formas y nuevas reglas, que en la asimilación de categorías desconocidas en la lengua materna, de distinciones de función o de sentido que no existen en nuestro idioma y de las que, por consiguiente, no estamos conscientes. Todas las lenguas románicas hacen una distinción entre el pasado limitado (el pretérito) y el pasado ilimitado (imperfecto), por ejemplo *canté* y *cantaba*, francés *je chantai* y *je chantais*, latín *cantavi* y *cantabam*. Un inglés o un sueco tienen mucha dificultad en aprender a utilizar correctamente estas distinciones, porque en sus idiomas existe una sola categoría 'pasado' sin distinción entre limitado e ilimitado. Hay idiomas que tienen más en cuenta las distinciones de aspecto —la manera de considerar un acto como continuo, como limitado, repetido, general o particular, etc.— que las diferencias de tiempo.

Un chino no hace ninguna distinción formal de este género. Otro ejemplo es el número. La serie de números es ilimitada, pero los idiomas se contentan normalmente con dos categorías numerales: singular y plural; algunos tienen también un dual, y muy pocas lenguas, más distinciones de esta clase. Nuestra distinción entre un singular y un plural no se funda en la realidad de las cosas sino en una convención lingüística. Nuestra distinción en el sistema pronominal entre un singular 'yo' y un plural 'nosotros' es otra convención lingüística que no tiene fundamento en la realidad física, la que permitiría otras categorizaciones, por ejemplo el sistema de un 'yo' singular opuesto a dos categorías del plural: 'yo y tú' y 'yo y él' (como ocurre en guaraní). Existen idiomas que no hacen ninguna distinción de persona, sirviéndose por lo tanto de una sola forma pronominal para las tres personas de la tradicional gramática latina.

Lo que importa más en la vida práctica y en la comunicación internacional es que la situación en el dominio del léxico es igual. Se sabe que una palabra en un idioma puede raramente traducirse de manera simple y sin ambigüedad por una palabra de otro. Las palabras no tienen la misma extensión de sentido. El campo semántico es diferente. Por consiguiente, el modo en que distintos pueblos perciben y comprenden el mundo que los rodea debe ser diferente también. La llamada realidad está estructurada de un modo, en un dominio lingüístico, y de otro modo, en otro dominio. Sabemos que numerosos idiomas llamados primitivos carecen de ciertos conceptos abstractos tales como 'árbol', 'animal', 'planta', pero tienen numerosos términos para distintas clases de árboles, animales,

etc. A menudo no pueden hablar de un 'hijo' o de un 'hermano' sin decir si se trata del hermano mayor o menor, el primer hijo nacido, etc. Un sueco no puede hablar de un 'tío' sin decir también al oyente si se trata del hermano del padre o de la madre —distinción que parece inútil a los ingleses, franceses y otros.

Los colores y los matices de color podrían parecer hechos objetivos completamente independientes de convenciones lingüísticas. Una comparación entre diferentes sistemas lingüísticos en el dominio de los colores nos da la prueba de que no es así. Un matiz que en un idioma pertenece a una clase y está considerado como una variedad de cierto color, en otro sistema semántico forma parte de otra categoría. Algunos ejemplos. En siglos pasados, el color violado era considerado en sueco como un matiz de pardo. La palabra sueca *brun* (= pardo) entra en la denominación de muchas flores violadas. Con la introducción del francés *violet* en el siglo XVIII, este color fue establecido como un tipo particular, y nuestro sistema semántico, extendido con una nueva categoría. La parte del día entre, digamos, las seis y las doce se llama en inglés *morning*, en francés *matin*, en castellano *mañana*. El alemán y el sueco han dividido esta extensión de tiempo en dos partes: alemán: *Morgen* y *Vormittag*; sueco: *morgon* y *förmiddag*. Por consiguiente, la delimitación del tiempo depende de convenciones lingüísticas, lo que quiere decir que el castellano *mañana* no se puede traducir en sueco, y el sueco *morgon* tampoco en castellano. El término sueco es demasiado restringido, y el término castellano, demasiado amplio para ser traducidos el uno por el otro. La *madrugada* castellana es otro matiz semántico. Hay idiomas que no hacen distinciones de género. En finés, 'él' y 'ella' del castellano se traducen con la misma palabra *hän*. Las lenguas románicas conservan en el plural la distinción de género en los pronombres personales (español *ellos, ellas*; francés *ils, elles*, etc.), pero en los idiomas germánicos, la distinción está anulada —*sincretismo*—: en inglés *they*, alemán *sie*, sueco *de*, etc. Existen idiomas en los que la distinción de edad es más importante que la de género, y que, por ejemplo, no distinguen entre *hermano* y *hermana*, pero sí entre *hermano mayor* y *hermano menor*.

Preguntar a una dama qué va a hacer "esta noche", es perfectamente correcto en castellano. Pero la misma —o casi la misma— pregunta en sueco o en francés (*cette nuit, i natt*) sería una indiscreción. Lo que uno hace durante la noche es cosa privada. Por consiguiente, la "noche" empieza más temprano en castellano y comprende

también una parte de la tarde. La noche española y la “nuit” francesa no se cubren, y el primer concepto no se puede traducir por el segundo. No existe un concepto ‘noche’ independiente de cada sistema lingüístico, ninguna realidad “objetiva”; sólo convenciones lingüístico-sociales.

Estos fenómenos constituyen, en efecto, la barrera más funesta a la comunicación y a la comprensión internacionales. No sólo la forma gramatical sino el contenido mismo es diferente de un idioma a otro. El francés que aprende inglés debe saber no sólo que el *ternero* (francés. *veau*) se llama en inglés *calf*, sino también que el mismo ternero servido como comida es *veal*. Hay dos terneros en inglés, uno solo en francés. El francés puede comer su ternero, el inglés no. Tales ejemplos pueden parecer a primera vista meras anécdotas divertidas. Pero si dejamos el dominio de los conceptos concretos (árboles, animales, comidas), donde una equivocación puede eliminarse fácilmente con una simple referencia a una realidad palpable o a una experiencia extralingüística —sabemos todos lo que es un ternero vivo y un ternero frito o asado— y pensamos en la esfera de las ideas abstractas y de las emociones, en reacciones y ideas religiosas o políticas, donde el concepto se define menos fácilmente con una referencia a la realidad exterior, comprendemos en seguida la importancia de las barreras semánticas. Qué significan palabras como *democracia*, *socialismo*, *liberalismo*, *humanismo*, *cristianismo*, *objetividad*, *civilización*, *cultura primitiva*, etc. El análisis lingüístico no puede resolver el problema del verdadero sentido de *democracia*, pero puede descubrir la existencia de divergencias por un análisis del uso en diferentes autores, diferentes países y diferentes contextos, y dirigir así la atención de las gentes sobre las divergencias, y ayudarles a evitar las más graves equivocaciones. La etimología no es decisiva. La democracia del mundo occidental no tiene mucho en común con el viejo concepto griego. La democracia del mundo comunista aún menos. Pero el estudio de los contextos —lingüísticos y sociales— donde se encuentra la palabra ‘democracia’ de hoy, puede informarnos que no hay identidad entre la democracia de las repúblicas llamadas populares y la democracia occidental. Esta es una enseñanza importante. No obstante nuestras ideas o convicciones, no debemos ser engañados por las palabras.

En la semántica moderna se hace corrientemente una distinción entre el sentido denotativo (“denotative meaning”) de una palabra y sus sentidos connotativos (“connotative meanings”, “connotations”). Hemos ya hablado de las tres funciones lingüísticas distinguidas por

Karl BÜHLER; la referencia a los hechos extralingüísticos, al anunciador, y al receptor. Sabemos que dos mensajes que, según la primera de estas funciones, son más o menos idénticos —en otras palabras, homónimos— pueden ser formados lingüísticamente de modo muy distinto y, por consiguiente, ejercer una influencia muy diferente sobre un receptor, y también dar muy distintas informaciones sobre el que habla o el que escribe. Podemos variar la voz y la dicción, o el estilo, esco er sinónimos diferentes, etc., y por eso obtener muy distintas reacciones en el que nos escucha o en un lector, al mismo tiempo que un mensaje puede informar de pormenores interesantes —del estado mental, del carácter, de la edad, etc.— de un orador. Los sentidos connotativos de una palabra dependen en gran parte del fondo de experiencias, de capacidad intelectual, de características emocionales, etc., del receptor. Cae por su peso que dos interlocutores pertenecientes a dos civilizaciones distintas, con tradiciones y ideologías diferentes, experiencias políticas, sociales, religiosas, etc., distintas, reaccionan diferentemente ante el mismo mensaje, aun cuando el sentido denotativo (intelectual) del mensaje sea el mismo y aun cuando las dificultades meramente lingüísticas, debidas a la diferencia de forma lingüística, hayan sido superadas.

La traducción o interpretación de mensajes, orales o escritos, no basta para resolver el problema de las barreras lingüísticas a la comunicación. Una traducción siempre da una imagen falsa del mensaje original, pues ni las categorías gramaticales ni los conceptos semánticos son los mismos en dos sistemas distintos. Hasta qué punto una traducción pueda reflejar o no el verdadero sentido de un mensaje, depende del grado de afinidad entre los dos sistemas. Esta afinidad, en torno, depende de la existencia de modelos generales culturales e ideológicos, de la afinidad, entonces, entre civilizaciones y tradiciones culturales, históricas y sociales. La comunicación es relativamente fácil entre pueblos que pertenecen a la civilización occidental con su herencia griega, latina y cristiana y con todos los conceptos comunes; más difícil entre occidentales y representantes de las culturas islámicas, africana, india o china. A menudo nuestras palabras occidentales son las mismas —sólo adaptadas a la fonética y a la morfología de cada idioma—, como es el caso con muchísimas palabras llamadas cultas en todos nuestros idiomas, románicos o germánicos; así las palabras para “civilización”, “cultura”, “humanismo”, “democracia”, “tolerancia”, “universidad”, “facultad”, “estudio”, “estudiante”, “televisión”, “telégrafo”, “teléfono”, “ministro”, “biblioteca”, etc., (con las

modificaciones fonéticas y gramaticales necesarias en cada idioma). Muy a menudo la palabra indígena está formada con elementos autóctonos sobre una base extranjera, latina o griega. El latín *conscientia* fue introducido como concepto con el cristianismo en las lenguas germánicas, pero fue formado con elementos ya existentes: sueco *sam-vete*, alemán *Gewissen*. Estos préstamos conceptuales (“calques”), mucho más numerosos que lo que generalmente uno se imagina, han jugado un papel importante como portadores de ideas y de conceptos nuevos, adoptados y asimilados por idiomas en contacto. La comunicación se hace un verdadero problema sólo cuando esta base conceptual falta. Se habla, se escribe, se traduce y —lo más peligroso— se cree comprender; pero en el fondo no se comprende.

Tal vez sea superfluo insistir en las consecuencias de estos hechos en situaciones críticas. Un europeo y un chino, un africano y un americano ¿pueden comprenderse completamente sólo con la ayuda de traducciones o de intérpretes? ¿Qué significa una conversación establecida sobre tal base? Una verdadera comunicación lingüística ¿es posible entre interlocutores que piensan con categorías semánticas distintas? El problema de paz y de guerra ¿no es demasiado importante para ser confiado a intérpretes no responsables? En verdad ¿no son en el mundo de hoy las diferencias de estructura semántica y de connotaciones de las palabras tan peligrosas para el porvenir de la humanidad como las bombas atómicas? Se ha dicho que la próxima guerra podrá deberse a una equivocación. Esta equivocación podría ser lingüística.

Por consiguiente, las palabras del diccionario de un idioma no son tan sólo etiquetas sobrepuestas a objetos preexistentes, conceptos y ideas. Los conceptos, las clases y los grupos en los cuales la realidad extralingüística está ordenada son creados y existen sólo en la medida en que son combinados con una expresión (que puede ser una onda sonora segmentada, o una serie de letras impresas, etc.). El lenguaje consta de una *expresión* y de un *contenido*. La primera es tan importante como el segundo, pues es la combinación de ambos en el signo lo que crea el lenguaje. Esta dicotomía contenido-expresión es una de las ideas básicas de la escuela glosemática (HJELMSLEV), que es, en sustancia, una continuación, y la aplicación más estricta hecha hasta ahora, de las ideas de Saussure sobre el lenguaje humano.

El gran humanista alemán Guillermo de HUMBOLDT (muerto en 1857) prevenía a los lingüistas de la idea que los diferentes idiomas sólo ponen etiquetas o nombres sobre objetos y cosas existentes inde-

pendientemente de la lengua. Subraya el hecho que las diferencias entre los idiomas son, en primer lugar, diferencias en la concepción del mundo en distintos pueblos. El lenguaje, decía, no refleja el objeto como e , sino la imagen que de él ha creado dicho lenguaje en nuestra mente. Y de SAUSSURE subraya que no es verdad que el objeto existe ante de nuestro conocimiento de él, sino que es nuestro punto de vista el que crea el objeto ("le point de vue qui crée l'objet"). El filósofo alemán Ernst CASSIRER ha expresado ideas análogas. La unidad del objeto resulta de la denominación. Es la palabra la que crea la unidad entre aspectos diversos, la que ordena un continuo en sí mismo indiviso y indivisible. La formación de la palabra y la formación del concepto, son idénticas; el pensamiento y el lenguaje por consiguiente también lo son.

Esta idea humboldtiana fue expresada por Dámaso ALONSO así (en forma de soneto)¹:

*Desde el caos inicial, una mañana
desperté. Los colores rebullían.
Mas, tiernos monstruos ruidos me decían:
"mamá", "tata", "guauguau", "Carlitos", "Ana".
Todo —"vivir", "amar"— frente a mi gana,
como un orden que vínculos prendían.
Y hombre fui. ¿Dios? Las cosas me servían;
yo hice el mundo en mi lengua castellana.
Crear, hablar, pensar, todo es un mismo
mundo anhelado, en el que, una a una,
fluctúan las palabras como olas.
Cae la tarde, y vislumbro ya el abismo.
Adiós, mundo, palabras de mi cuna;
adiós, mis dulces voces españolas.*

La falta de paralelismo entre los campos semánticos en diferentes lenguas se refleja, por ejemplo, en la necesidad de una nomenclatura particular, una terminología técnica en numerosas ciencias, en filosofía y lógica, en matemática y química. El uso de términos técnicos en muchas profesiones tiene la misma explicación (p. ej., el uso del inglés en la aviación). El hecho que el francés, hasta muy recientemente, fuera el idioma diplomático oficial, y que el latín sea

¹ Véase "Tres sonetos sobre la lengua castellana", Madrid, 1958, p. 8.

todavía el idioma de la iglesia católica, se debe a esta misma necesidad de un sistema fijado de conceptos.

Si consideramos este problema desde un punto de vista práctico, ¿qué podemos hacer? ¿Es la comunicación, y con ello la colaboración, el intercambio entre los pueblos, imposible o no? Ninguna contestación absoluta puede darse. La verdad debe buscarse entre los dos extremos. Cierta comprensión se puede, sin duda, establecer. Nuestra experiencia práctica lo demuestra. ¿Pero hasta qué punto? Contentémonos con subrayar que las dificultades se pueden, por lo menos, mejorar gracias a las siguientes medidas: 1) aprendiendo los idiomas de otros pueblos y culturas escrupulosamente y, al mismo tiempo, las maneras de pensar y de interpretar los fenómenos que nos rodean, típicas de otras naciones; 2) extendiendo más que ahora modelos y conceptos culturales, sociales e ideológicos y creando, con la ayuda de una colaboración extendida, un número más grande de modelos y conceptos supralingüísticos (“internacionales”), sobre todo en los niveles intelectuales y técnicos, con, por consiguiente, una validez idéntica o análoga dentro de diferentes sistemas lingüísticos; 3) por la extensión de nuestro conocimiento del fondo político, social, cultural, histórico, económico y religioso de otros pueblos y de otras culturas, mejorando así nuestra capacidad de comprender no sólo el sentido denotativo, sino también los sentidos connotativos del vocabulario extranjero en el original o en traducciones.

Desde el punto de vista de la comunicación internacional y de los contactos humanos, la sustitución de idiomas de poca difusión —dialectos indígenas, africanos o americanos— por grandes lenguas de cultura (inglés, español, francés, ruso, etc.) implica una ventaja. Un grupo, por ejemplo, que habla un idioma fino-ugro, constituido por unas mil personas, podrá integrarse en una unidad social mucho más grande aprendiendo el ruso, el sueco o el noruego. Para el lingüista, la desaparición de un idioma implica la pérdida de materiales de estudio preciosos, tal vez únicos. Pero implica también algo mucho más esencial desde un punto de vista cultural y humano. Implica la pérdida de una manera particular de pensar y de considerar el mundo; una manera original y única de interpretar la realidad, sin correspondencia exacta de ninguna otra parte. Aun si un sistema pobre es reemplazado por otro sistema mucho más rico, hay siempre una originalidad irreparable que desaparece. La pérdida de una lengua no puede compensarse con la difusión de otra. Hay y habrá siempre, sin duda, una oposición insoluble entre la necesidad

de comunicación entre los hombres de un lado, y la importancia de conservar, del otro, la infinita variedad, que es una de las riquezas del género humano. Es por eso que la protección de las lenguas maternas de los diferentes grupos étnicos amenazados con el exterminio es una de las numerosas tareas importantes de las Naciones Unidas. A la luz de la concepción lingüística moderna de las relaciones entre lengua y pensamiento, entre palabra y concepto, la importancia de esta protección resalta más que antiguamente.

Si es verdad que nuestros conceptos son determinados por nuestro sistema lingüístico, el desarrollo intelectual del individuo debe identificarse en gran medida con su desarrollo lingüístico. Aprendiendo las palabras de su lengua materna, el niño aprende paulatinamente las cosas, los conceptos y las ideas de la comunidad a la que pertenece. Me parece, desde este punto de vista, sumamente importante que el niño tenga su primera instrucción por un medio del que ya posee cierto conocimiento; es decir, su lengua materna. La instrucción elemental dada en otra lengua, proporciona conocimientos más superficiales y menos precisos que si se enseña en el idioma indígena, anudado más fuertemente a las experiencias y al ambiente del niño. Encontramos este problema en todos los países en que hay una minoría lingüística. Dos razones por lo menos hablan en favor de una enseñanza elemental en el idioma del niño: 1) su importancia para el desarrollo intelectual del niño y para la conservación de sus contactos con el ambiente al que pertenece; 2) la utilidad de los bilingües en la confusión de idiomas que caracteriza nuestro mundo.

Si decimos que en principio la traducción es imposible —si por traducción comprendemos una transformación completa e integral de un mensaje—, debemos recordar, de otra parte, que la traducción literaria es una actividad particular y que es siempre, hasta cierto punto, una creación original, una obra poética que tiene calidades intrínsecas, a menudo independientes de las del original. Una traducción puede ser mejor que el original, lo que implica necesariamente que los dos son obras en parte independientes. Lo dicho vale naturalmente, sobre todo, para la poesía. Para traducir poesías, el traductor tiene que ser un poeta. La fama de poetas en la escena internacional depende mucho de los traductores. Unos poetas tienen suerte, otros no. La gran poetisa chilena GABRIELA MISTRAL tuvo la suerte de ser traducida al sueco por un gran poeta, uno de los más grandes en la época moderna, Hjalmar GULLBERG. Otros poetas de lengua española han sido mucho menos afortunados que ella. Pienso, por

ejemplo, en JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, traducido recientemente al sueco por un chapucero que acaba de publicar un volumen de poesías que, en realidad, no tienen nada que ver con la fineza estética de la poesía de este autor. Es evidente que las interpretaciones de Hjalmar Gullberg no son traducciones en el sentido estricto, pero la manera en que ha logrado expresar las mismas ideas y evocar la misma atmósfera, a veces el mismo ritmo silábico y los mismos efectos sonoros, es admirable. La poesía es expresión y señal más que símbolo. Las convenciones lingüísticas, por consiguiente, son menos importantes; la posibilidad de comunicación y contacto, más grandes. Cito de Gabriela Mistral la célebre poesía “Meciendo”:

*El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.*

*El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.*

*Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.*

y a continuación, la traducción sueca de Gullberg (“Vaggsang”):

*Nu vaggar mitt hav sina vagor
vid dyningens eviga dan.
Jag lyssnar till vagornas kärlek
och vaggar min son.*

*I sädesfälten gar vinden
och vaggar nattliga stran.
Jag lyssnar till vindarnas kärlek
och vaggar min son.*

*Gud vaggar de ändlösa världar,
som tystnaden kommer ifran.
Jag känner hans hand i mörkret
och vaggar min son.*

La idea que el desarrollo lingüístico va en la dirección de una más grande uniformidad, es sin duda utópica. Parece, al contrario, que hay una cierta tendencia opuesta. Más pueblos exigen su derecho de servirse de su propio idioma en la colaboración internacional: ruso, italiano, portugués, chino, árabe, etc. Estamos muy lejos del ideal de la Edad Media en Europa. Lo único que podemos hacer como lingüistas es plantear los problemas, discutirlos e indicar las consecuencias de tal o cual solución. El aspecto nacional y el internacional no son, en realidad, tan opuestos como parecen a primera vista. En ambos casos, los políticos tienen que decidir. El papel del lingüista es el del consultor, del experto técnico que, con su conocimiento y su experiencia del mecanismo lingüístico y del papel del lenguaje en la vida social, puede dar consejos útiles.

Nuestro mundo necesita expertos lingüísticos como necesita expertos técnicos, psicólogos y sociólogos. Es importante que la solución práctica de problemas lingüísticos, en el nivel nacional y en el internacional, no sea manejada torpemente sólo por ignorancia de hechos lingüísticos elementales. Un buen número de los que deciden la suerte del mundo de hoy ignoran, o comprenden mal, la importancia básica del lenguaje en los contactos humanos, individuales, nacionales e internacionales.

Un célebre lingüista sueco, Esaías TEGNÉR, hace bastante tiempo profesor de lenguas semíticas en la misma universidad a la que yo pertenezco, escribía una vez en su famoso libro "Sprakets makt över tanken" (El poder del lenguaje sobre el pensamiento; 1880) lo que sigue: "El movimiento del aire que en nuestro idioma escrito está expresado por las dos letras *g* y *a*¹ y en latín por una sola pequeña *i*², tal vez no es bastante fuerte para mover una pluma de su lugar. Pero puede desplazar a un hombre, a todo en ejército, lejos a través de montañas y valles. Y si la onda sonora toma la forma de palabras tales como *patria*, *libertad*, *honor*, si hieren el buen oído en el buen momento, la onda puede crecer, tornándose en una tempestad que derriba los tronos de los reyes y subvierte el destino de las naciones

¹ El sueco *gå* = *ir* (también imperativo).

² Imperativo del verbo latín *ire* (*ir*).

— las ondas sonoras, aunque fuesen sólo un cuchicheo de la boca del maestro a la oreja de los discípulos, pueden, en un ruido siempre creciente, rodar a través de los continentes y dirigir las opiniones y las costumbres de los pueblos hacia nuevos caminos antes nunca pisados”.

El lenguaje tiene poder. Es el más útil instrumento del hombre, su más poderosa arma en la paz y en la guerra. Es nuestro deber procurar que esta arma sea utilizada no para la destrucción, sino para el beneficio de la humanidad.

BERTIL MALMBERG.

Universidad de Lund.